

El resurgimiento del Estado Alemán

Hoyo Arana, José Luis

Veröffentlichungsversion / Published Version

Zeitschriftenartikel / journal article

Empfohlene Zitierung / Suggested Citation:

Hoyo Arana, J. L. (1990). El resurgimiento del Estado Alemán. *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, 36(142), 35-45. <https://doi.org/10.22201/fcpys.2448492xe.1990.142.52194>

Nutzungsbedingungen:

Dieser Text wird unter einer CC BY-NC-ND Lizenz (Namensnennung-Nicht-kommerziell-Keine Bearbeitung) zur Verfügung gestellt. Nähere Auskünfte zu den CC-Lizenzen finden Sie hier: <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.de>

Terms of use:

This document is made available under a CC BY-NC-ND Licence (Attribution-Non Commercial-NoDerivatives). For more information see: <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0>

El resurgimiento
DEL ESTADO ALEMAN

Los comentarios cotidianos sobre la reunificación alemana o han hecho énfasis en el aspecto económico o han exagerado la situación de opresión y pobreza endémica de los ciudadanos de la ex Alemania del Este: los parientes ricos van al rescate de los parientes pobres, y el muro de Berlín cae como por encanto. Se abre así la puerta de un nuevo Reich supramilenario que, bajo el signo del capitalismo, concluye la historia y asegura ríos de leche y miel para los parientes oprimidos. La paz y la prosperidad se instalan definitivamente así en el Centro de Europa bajo el bicentenario signo de libertad y fraternidad.

Como afirmamos ya en algún escrito anterior sobre los países del Este europeo, el problema que abordamos aquí es fundamentalmente político y sólo secundariamente económico. Sus raíces se alimentan más allá de los Montes Urales, y la reunificación ha sido aprovechada por los partidos políticos alemanes para llevar agua a su propio molino, con miras a las elecciones federales de diciembre de 1990.

Toda vez que el Estado alemán que surge a la vida política el 3 de octubre de 1990 no corresponde a la demarcación territorial de 1870, ni a las fronteras fijadas por el Tratado de Versalles; ni mucho menos a la expansión territorial alcanzada por el Tercer Reich, preferimos hablar en este artículo del resurgimiento del Estado Alemán, cuya existencia quizá no rebase la década con la que termina el milenio, en caso de que a la Comunidad Económica Europea le tomen las mismas prisas que al Canciller Helmut Kohl, por festinar la unificación política de los Estados que la componen.

Cabe también considerar los aspectos político-económicos que a mediano y largo plazo convienen a las potencias vencedoras de la segunda guerra

* Profesor adscrito a la Coordinación de Ciencia Política de la FCPyS-UNAM.

mundial, y al propio Estado Alemán, para acceder a los acuerdos que perfilan la nueva situación política de Europa Oriental.

No podemos tampoco explicarnos los cambios políticos del presente sin recurrir a la historia e idiosincrasia del pueblo alemán. Es a partir de estos elementos desde donde podemos enfocar objetivamente el problema. Simultáneamente, es necesario considerar los efectos de la Perestroika en la República Democrática Alemana, que tuvieron una determinación fundamental en los sucesos posteriores.

Omitiendo los cambios ocurridos durante la época feudal y la transición a la moderna, en la que la nobleza europea intercambiaba, unificaba y volvía a dividir a las naciones del continente mediante las concertaciones matrimoniales y el derecho de conquista (recordemos por ejemplo a Carlos V, emperador de España, quien nació en Flandes, nunca habló el español, vivió en Alemania donde reinó como Carlos I, unificó a Europa bajo su cetro, y construyó un vasto imperio que se derrumbó tras las guerras de religión), el surgimiento del Estado Alemán es de una época relativamente reciente.

Al concluir las guerras de religión en 1648, el vasto imperio de los Habsburgo quedó fragmentado en 350 Estados políticamente independientes, que formalmente guardaban cierta lealtad de referencia romántica a un soberano común designado por los príncipes electores, pero que en los hechos no ejercía ninguna autoridad real sobre sus súbditos. Juntos constituían el Sacro Imperio, caricatura de aquel sacro Imperio Romano Germánico fundado en el siglo X. La extensión de tales Estados habría hecho sonrojarse al más modesto ranchero del porfiriato, ya que las aduanas y fronteras interestatales con frecuencia distaban entre sí a no más de dos horas de viaje en carroza tirada por caballos percherones.

Estos pequeños Estados reproducían las antiguas demarcaciones de los feudos de la nobleza, sobre todo de los príncipes electores. Había ciertamente una conciencia de pertenencia a una nación —Lutero dirigió su proclama “a los príncipes cristianos de la nación alemana”—, existía un lenguaje con una matriz lingüística común, pero hasta el Renacimiento carente de gramática y fragmentado en múltiples dialectos; y un tronco racial no más próximo que el que guardaban entre sí los pueblos del Nuevo Mundo, y cuya memoria histórica se remonta a las invasiones de los bárbaros. pero aquellas pequeñas naciones distaban mucho de constituir un Estado moderno como ya lo eran otros países del continente.

Por aquellas épocas de dispersión Holanda y Suiza se independizan, y las minorías alemanas quedan desperdigadas por todo el centro de Europa, compartiendo nacionalidades distintas: en Checoslovaquia, Polonia, Francia y los países bajos, ciudades y pueblos enteros de lengua germana eran formalmente súbditos de estados y culturas ajenas. Sin mayores cambios, estos estados subsistieron hasta principios del siglo XIX.

En 1806, Napoleón suprimió sin mayor oposición nacionalista el Sacro Imperio, y lo sometió en parte al protectorado francés. El único Estado que presentó resistencia fue Prusia, derrotada en la batalla de Jena. Los intelectuales y la naciente burguesía alemana, incluso se alegraron por la invasión: Napoleón encarnaba la Revolución Francesa y las ideas de la Enciclopedia. Jorge Guillermo Federico Hegel, testigo presencial de la batalla de Jena, exclamaría: “he visto a la libertad cabalgar sobre un caballo blanco”.

No hay que olvidar tampoco que Alemania accedió muy tardíamente a la revolución industrial —apenas a mediados del siglo pasado— a la cual precedió una unión aduanera que intensificó el comercio entre los estados alemanes, con las consecuentes convulsiones políticas. Fue en Prusia, el primer estado alemán que logró incorporarse a la industrialización, donde nacieron las primeras ideas de unificación.

Bismarck logró capitalizar los intereses de la burguesía prusiana en plena expansión, y emprendió una guerra victoriosa contra los Estados que se oponían a la unificación bajo su hegemonía: vence primero a Austria en 1866 y luego a Francia en 1870. Es la época en que Luis Napoleón se vio obligado a retirar sus tropas de México para resistir a la invasión y abandonó a Maximiliano a su suerte. La coronación del nuevo emperador alemán, tuvo lugar no en Alemania, sino en el mismísimo salón de los Espejos del Palacio de Versalles, en 1871.

Paulatinamente, los estados del sur de Alemania se sometieron uno tras otro a la hegemonía prusiana, bien mediante la amenaza o bien por el chantaje a los príncipes endeudados (Luis de Baviera). Simultáneamente el nuevo Imperio comenzó a buscar “un lugar bajo el sol”, término con el que significaba su incorporación al proyecto colonial de los países europeos. El Imperio Alemán obtuvo así posesiones coloniales en el África Ecuatorial y en la costa de China.

A la impresionante expansión económica alemana —sobre todo de la industria bélica—, pronto le quedaron estrechas sus fronteras. Saturado el mercado interno y cerrados los mercados competidores a sus productos, el norte protestante industrializado fue incapaz de resolver pacíficamente sus propios conflictos. En la primera década del siglo XX resurgieron los sentimientos nacionalistas y las primeras ideologías racistas. El libre juego de los partidos políticos, en el que los socialistas tenían un amplio margen de presencia política, no fue capaz de absorber las contradicciones internas de la nueva potencia industrial, y la crisis se volcó hacia el exterior con el estallido de la Primera Guerra Mundial.

Los avatares de la aventura bélica son conocidos mediante el telegrama de Zimmerman. Alemania trató de involucrar a México en el conflicto, no para devolvernos los territorios perdidos allende el río Bravo, sino para arraigar a los Estados Unidos en una guerra fronteriza que impidiera su participación en el escenario bélico europeo, según atestigua F. Katz en “La Guerra Secreta en

México". Finalmente, tras la victoria de los aliados en 1919, se firmó, en un vagón de ferrocarril la Paz de Versalles, cuyos tratados obligaron al joven Estado alemán —de escasos cincuenta años de existencia—, a ceder a Francia sus territorios de Alsacia y Lorena— ricos en minas de carbón de hulla; a renunciar a todas sus colonias de ultramar recién adquiridas, amén de otros territorios y ciudades aledañas a sus fronteras.

Los aliados le impusieron además severas sanciones económicas, la mantuvieron bajo una ocupación parcial y redujeron su ejército a una expresión simbólica, con el fin de impedir el resurgimiento de la potencia económica y militar que ya había probado su competitividad y eficacia. Pero el bloqueo económico y las compensaciones de guerra impuestas por los aliados, aceleraron los agudos problemas sociales que ya Alemania padecía desde antes de que terminara la Guerra.

Así, la endeble república proclamada en Weimer, presidida por el socialista Friederich Ebert, no fue capaz de reconstituir la economía en quiebra, ni menos obtener la colaboración de una burguesía temerosa, tras los descabros sociales ocasionados por los espartaquistas. El nuevo aliado de los industriales —como lo hiciera Luis Napoleón en 1870—, fue el abundante lumpenproletariado generado en la ciudad por la desocupación, la crisis económica y la desmilitarización. Un sicópata de origen austríaco que solía frecuentar las cantinas de Munich, logró organizar a esta masa de desocupados, capitalizar la frustración de la clase media y, utilizando esquemas simples al nivel de mentalidades simples —como el origen racial, la patria en peligro, la conspiración judía, el revanchismo de posguerra—, pudo allegarse más de un millón de militantes, cifra que arrojaba el partido Nacional socialista que, con el apoyo de la burguesía industrial expectante, lo llevó por la vía electoral al poder en 1933.

Los sucesos posteriores son de sobra conocidos. Con el incendio del Reichstag, Hitler montó la provocación buscada para asumir plenos poderes y eliminar a socialistas y comunistas del Parlamento. Suspendidos los derechos constitucionales, no había ya quien se interpusiera en el camino del lumpen organizado. Las clases medias cómplices se volcaron en la creencia del mito, y pronto una eficaz propaganda moderna convencería a la mayoría de los alemanes de aquello que distaban mucho de ser: un solo pueblo, un solo imperio, bajo un solo Führer. Con este mito se pretendía fundir en una sola nación a las múltiples etnias germanas tan distintas entre sí por su tradición, lengua y cultura, como lo eran francos, bávaros, suevos, godos, sajones, burgundios, alamanes, etc. que se desperdigaron por el centro de Europa a la caída del imperio romano.

Hitler logró ciertamente dar empleo al pueblo alemán mediante una economía de guerra. La burguesía participó entusiasta de los contratos públicos: tanques y cañones, gases letales y construcción de autopistas para la invasión.

Los empréstitos públicos, en los que participó entusiasta la clase media, nunca más serían devueltos. Pero la locura colectiva lo invadió todo y los miembros de la escasa disidencia -socialista y comunista— serían tratados como traidores de guerra.

Y el Imperio se desbordó de nuevo. El Reich milenarista se anexó primero Austria y Checoslovaquia, después Polonia y luego el Este de Europa. Los Estados que opusieron resistencia fueron vencidos o neutralizados (Francia e Inglaterra). La burguesía alemana fue incapaz de contener a su propio engendro, y los generales alemanes sucumbieron ante el cabo convertido en Führer. Sólo la alianza hasta entonces inconcebible entre capitalistas y comunistas, con la intervención postrera de los Estados Unidos, fue capaz de contener la locura nacionalsocialista y recuperar la geografía política europea.

Con el desastre de la Segunda Guerra Mundial desapareció el mito y, al igual que en las guerras de religión —*cuius regio eius religio*—, las nuevas ideologías secularizadas impusieron a los alemanes sus respectivos esquemas mediante los tratados de Yalta: el modelo norteamericano, una república federada conforme a circunscripciones que más bien reproducían las zonas de influencia de los aliados. Un régimen básicamente tripartidista fincado en las únicas instituciones que en lo fundamental habían quedado indemnes de la locura nazi —la iglesia y la Socialdemocracia—, a las que se agregó un pequeño partido liberal como opción de descarte. Y un abundante Plan Marshall para convertir a Alemania en un buen cliente comercial de los norteamericanos vencedores.

En el Este, se impuso a su vez la ideología secular imperante en la URSS; con el agravante de que el nuevo pequeño Estado, socialista por la voluntad de Stalin, tuvo que pagar ingentes compensaciones de guerra; fábricas enteras fueron desmanteladas y trasladadas a territorios soviéticos; sus científicos prácticamente secuestrados (aunque vale acotar que en occidente fueron, a su vez muy bien comprados); y, finalmente, parte de su territorio permutado por regiones polacas que a su vez pasaron a Rusia. El modelo de participación política que se instauró en la nueva República Democrática Alemana, fue un modelo que en su tiempo trató de imitar en México, para su organización interna, nuestro desafortunado Partido Socialista Unificado de México (PSUM); todos los partidos entonces existentes fueron incorporados al Partido Socialista Alemán Unificado (SED), con lo que se implantó en la RDA el sistema de partido único.

Ambas Alemanias comenzaron a competir por hacer realidad sus respectivos modelos utópicos, de igualdad dentro de la abundancia y de abundancia dentro de la igualdad, en el contexto de la guerra fría. Berlín Occidental se convirtió en una ciudad norteamericana, avanzada y escaparate del occidente dentro del mundo "comunista". La Alemania democrática se ocupó en concretar a su vez, con algunas variantes interesantes, el esquema del modelo

socialista (así por ejemplo, la pequeña propiedad y los talleres artesanales continuaron en manos de sus antiguos dueños). La ética protestante, traducida en producción industrial a ambos lados de la frontera; la colaboración mutua y la sujeción reverente al jefe inmediato, de antiguo origen tribal, pronto hicieron que, para los años sesenta, ambas alemanias detentaran el nivel más alto de vida en su respectivo bloque europeo. En algunos aspectos incluso —producción agrícola, industria óptica, seguridad social, etc.—, la pequeña Alemania socialista de quince millones de habitantes, aventajaba a la capitalista en pleno empuje ascendente.

En lo político, las libertades individuales y su relación ante el sistema respectivo, parecían sintetizarse en el parecer de un chofer de camión fugado de la República Democrática, quien fuera entrevistado por la revista *Der Spiegel*:

La diferencia que yo noto entre ambos sistemas —decía—, es que allá no tienen libertad de expresión, por lo que no te toman en cuenta; acá ciertamente tienes libertad de expresión, pero tampoco te hacen caso.

La revuelta estudiantil surgida precisamente en Berlín Occidental aproximadamente a mediados de la década de los sesenta, y que rápidamente cundiría por toda Alemania Occidental, en gran parte compartía este acierto, y su crítica se dirigió tanto a la sociedad de consumo capitalista como a la burocracia socialista.

Lo cierto es que la fuga masiva de ciudadanos ocurrida en el último trimestre de 1989 muy poco tiene que ver con la fuga a cuenta gotas de la época de la guerra fría. En aquellos tiempos de posguerra, se ofrecían en Occidente sueldos por encima del promedio laboral a científicos y profesionales de la Alemania Democrática, no sólo para alimentar la economía Occidental en expansión, sino para minar el crecimiento centralmente planificado del Este. Quizá para los mexicanos, de hondo arraigo familiar y con sentimientos edípicos cuya máxima expresión exalta el Brindis del Bohemio, significa una tragedia monumental la división de las familias por una frontera artificial, donde los malos están de aquél lado y los buenos —y ricos— de éste. Pero no suele preocuparnos la misma división familiar cuando se trata de pobres braceros a los que la patria es incapaz de alimentar y que se encuentran dispersos a ambos márgenes del Río Bravo. El Muro de Berlín —construcción políticamente aceptada por Kennedy, aun cuando solidariamente se declarara berlinés— tuvo originalmente como fin principal, el contener el sabotaje de cuadros directivos y mano de obra calificada que, preparada dentro de la magra economía del Este, iba a ser aprovechada ventajosamente por las empresas capitalistas del otro lado de la frontera.

II

Puesto que la República Democrática Alemana ofrecía pleno empleo y satisfactores básicos a su población a finales de 1989, y en Alemania Occidental más bien había por entonces recesión y desempleo, hay que buscar el origen de la fuga masiva de alemanes del Este en otros factores más allá de la satisfacción de las necesidades primarias del individuo, y estos apuntan hacia la política soviética de transición y su Perestroika. No en vano los manifestantes de Leipzig y Berlín coreaban a gritos el nombre de "Gorby, Gorby".

En efecto: un tanto a toro pasado, sabemos por declaraciones oficiales que el régimen de partido único, sólo se mantenía en los países periféricos del Pacto de Varsovia gracias al apoyo armado de los países miembros. Un claro ejemplo de ello fue la Primavera de Praga en 1968, pero para los efectos estratégicos de dicho pacto, éste era precisamente su talón de Aquiles: cualquier empresa bélica que no cuente con el apoyo de su población, está condenada irremediablemente al fracaso, en ello Maquiavelo es bastante claro. El Pacto de Varsovia significaba entonces para Moscú, más que una defensa estratégica, un pesado fardo presupuestario, puesto que su propia seguridad estaba garantizada por sus cohetes balísticos intercontinentales. Por lo demás, el fracaso de la intervención soviética en Afganistán, su alto costo en vidas y pertrechos; su costo político y su escasa eficacia final, sin duda pesaron más en el ánimo del soviét supremo que la guerra de Vietnam en la conciencia colectiva norteamericana.

El segundo aspecto a considerar fue la pesada deuda externa de los países de la COMECON (especie de Mercado Común de los países socialistas del Este europeo) para con la URSS, cifra por primera vez revelada en marzo de 1990, y que asciende a 450,000 millones de dólares, aproximadamente. Dada la no convertibilidad del rublo soviético, los créditos blandos y la subvención en especial, energéticos, minerales, maquinaria y materias primas a los países del Este europeo, éstos eran un fardo cada vez más pesado para la economía soviética, de suyo trabada en su desarrollo desde la década de los setenta. (Al parecer la visita de Vaclav Havel a México estuvo básicamente ligada al suministro de petróleo, ahora que la URSS lo vende a precios de mercado).

Finalmente, el desarrollo comparado de los países capitalistas Japón, EEUU y Alemania Federal respecto a la Unión Soviética y los países del Este, no era un sol que pudiera taparse con un dedo. Los intercambios culturales y comerciales cada vez más frecuentes con Occidente, la participación socialista en justas deportivas internacionales, no por último el flujo de estudiantes terciaristas a los países socialistas, proyectaron la imagen de abundancia capitalista que los contrabandistas polacos ayudaron a reforzar.

Podemos afirmar en retrospectiva que la división de Alemania, más que un efecto de la segunda guerra mundial y de los tratados de Yalta, ocurrió como

un producto de la Guerra Fría. Las diferencias político-económicas de las potencias vencedoras, —de un lado el capitalismo, del otro lado el socialismo—, dieron carta de naturaleza a una línea divisoria coyuntural en la que se encontraron los ejércitos aliados provenientes del Este y del Oeste. La reunificación, prevista para cuando se firmara el tratado de Paz definitivo, se postergó primero, para convertirse luego en franca agresión política entre ambas zonas de ocupación.

Las eras de Konrad Adenauer y Walter Ulbricht, jefes del territorio occidental y oriental, respectivamente, marcaron una era que reflejaba la mentalidad maniquea norteamericana —principal fuerza de ocupación—, y que la administración Reagan caracterizara más tarde como las “fuerzas del bien” contra “el imperio del mal”.

Bajo los gobiernos de la Democracia Cristiana, el problema de la reunificación tomó el cariz de una política agresiva: la reunificación (“wiedervereinigung”) se concibió desde y bajo las condiciones de Occidente. Adquirió los visos de una cruzada de liberación, en la que los alemanes buenos de Occidente acudirían al rescate de sus hermanos oprimidos del Este. A los ojos de Occidente, la República Democrática Alemana no era más que un vasto campo de concentración, cuyo símbolo más ostensible era el Muro de Berlín.

Al acceder la socialdemocracia al poder en la RFA a finales de la década de los sesenta ocurre un cambio drástico en las relaciones Este-Oeste. Willy Brandt reconoce públicamente que existen “Dos estados de la Nación Alemana”, y desde entonces se establece una relación de respeto mutuo, de distensión política, e incluso de cooperación económica, entre ambos Estados. El reconocimiento político recíproco de ambos Estados alemanes, fue un logro de una dimensión sin precedentes en la política mundial, que sólo la socialdemocracia estaba en condiciones históricas de realizar, puesto que sus simpatizantes se extienden a ambos lados de la frontera.

En efecto, las luchas históricas de la socialdemocracia alemana; su experiencia como primer partido de masas, la inobjetable calidad y formación permanente de sus cuadros políticos, su presencia internacional en los países del primer y tercer mundo, finalmente, su postura tolerante y su ideología política orientada hacia el cambio social institucional en la justicia social, le proporcionaron el inobjetable papel de mediadora entre sistemas políticos tan antagónicos y diametralmente opuestos como el socialismo stalinista y el capitalismo.

En estas condiciones para los alemanes el futuro se presentaba menos oscuro que para otras naciones.

Si en el mundo triunfa el capitalismo —decía un trabajador alemán— llevamos las de ganar. Si triunfa el socialismo, estaremos presentes. Y si

ocurre una reconciliación entre ambos bloques, llevaremos necesariamente la delantera.

Partiendo de estas tres alternativas, desde luego tenemos que descartar de antemano que la caída del Muro de Berlín se debió al triunfo del capitalismo. Tanto las fuerzas armadas del Pacto de Varsovia como los cohetes soviéticos de mediano alcance estaban en condiciones no sólo de mantener la paz, sino de mantener vigente el orden establecido tras la llamada Cortina de Hierro. El Muro fue derrumbado más bien por un terremoto político cuyo epicentro habría que rastrear en Moscú: su estrepitoso estruendo, tanto en el Este como en Occidente, causó similar sorpresa a la que experimentamos aquí los mexicanos el 6 de julio de 1988. El único que no pareció sorprenderse fue Gorbachov, desde el momento en que la política exterior soviética se retracta de las medidas de fuerza no sólo frente a Occidente sino respecto a sus propios aliados, las estructuras políticas basadas en un partido único y en un esquema de poder centralizado, cuyo recurso más inmediato era la coerción y la fuerza más que la búsqueda de alternativas democráticas viables, el sistema tenía por necesidad que desmoronarse.

Ante esta coyuntura, los alemanes del Este tienen, por primera vez en su historia, la oportunidad de elegir libremente el esquema político que más conviene a sus intereses. Cuestión que no ocurre con los ciudadanos de la República Federal Alemana, ya que no fueron consultados sobre la reunificación —que para muchos se asemeja más a una anexión—, de los territorios del Este.

En efecto, en ocasión de la unión monetaria que precedió a la reunificación, los alemanes occidentales sintieron que los impuestos procedentes de sus bolsillos iban a parar a los de los parientes pobres del Este, así, la aversión contra los “osties”, cuyos coches compactos han sido ya objeto de actos vandálicos, tomó proporciones alarmantes; entre tanto, los ciudadanos del Este reclamaron enfáticamente que no se hubiera respetado el acuerdo político original ofrecido por el canciller Helmut Kohl: la paridad uno a uno de las respectivas monedas.

Pero los conflictos más severos de la reunificación —omitiendo el resurgimiento del nazismo entre el lumpen ciudadano— están por venir. Han ocurrido ya paros de advertencia en el gremio ferrocarrilero. La tercera parte de las fábricas germanoorientales habrán de cerrar sus puertas ante el proceso de modernización occidental, con la consecuente desocupación laboral. Los granjeros han vertido en la vía pública sus contenedores de leche. Los alquileres —que actualmente significan únicamente el 10% del ingreso familiar—, cobrarán proporciones desacostumbradas. La alimentación, los bienes básicos de consumo, la seguridad social —atención médica y hospitalaria, educación— y el derecho al trabajo, habrán de modificarse en proporciones

desconocidas para los germanoorientales. El descontento que origine el acoplamiento a ambos lados de la frontera federal, en cuya bitácora se incluye la ubicación misma de la capital federal, habrá de revertirse necesariamente en actitudes políticas que incidirán directamente en los resultados electorales de diciembre. Pero simultáneamente, se abre también la posibilidad de que quienes han gozado o padecido los beneficios o maleficios de sus respectivos sistemas; quienes en carne propia han vivido las ventajas y desventajas del capitalismo y del social-stalinismo; quienes han visto el anverso o reverso de la medalla y ahora están en posibilidad de mirarla del otro lado, puedan encaminar a su nuevo Estado por rumbos todavía desconocidos que abrirían las compuertas de organización social del tercer milenio.

Por último, no hay que omitir que el retiro de las tropas soviéticas de territorio alemán hubo de ser comprado mediante una especie de indemnización de guerra; Moscú recibirá de la República Federal por concepto de gastos para el retiro de sus tropas de la República Democrática, algo así como 16,000 millones de marcos. La prisa de Helmut Kohl por sellar los tratados definitivos de paz con las potencias vencedoras —conferencias dos más cuatro—, bien pudo obedecer a la expectativa de un posible cambio coyuntural en la política interna de la URSS que postergaría indefinidamente la solución del problema.

III

Sellada definitivamente el día 3 de octubre la reunificación alemana, ¿cuáles son sus perspectivas a futuro?

Ni los magníficos coros del Himno a la Alegría, máxima expresión del genio musical y literario del romanticismo alemán; ni el apaciguador discurso del Canciller pronunciado en esa fecha memorable, alcanzaron a calmar las preocupaciones de los alemanes del Este por su futuro próximo. La incertidumbre opaco el ánimo que los fuegos artificiales se esforzaban en levantar. No fue menor la preocupación de Margaret Thatcher y de las naciones europeas —tanto del este como del oeste—, en torno al resurgimiento de una nueva Alemania como potencia mundial. Fue precisamente su preponderancia económica y militar lo que ocasionó ya tres guerras en el continente —dos de ellas de alcance mundial. Pecarían los vencedores de ingenuos si al retirarse formalmente del territorio ocupado, no hubieran zanjado definitivamente este asunto crucial. Lejos de repetir los errores de la primera postguerra —desarme, control económico, etc.—, esta vez la divisa ha sido la *integración europea*; proceso que políticamente opera en dos planos:

a) Integración de la Nueva Alemania a la Organización del Atlántico Norte. Aun cuando este organismo militar occidental ha perdido su razón de ser —por

la simple razón de que se le acabó el enemigo—, cobra nuevo sentido como organismo supervisor de las fuerzas armadas occidentales acantonadas en Europa. Una Alemania integrada a la OTAN, será más fácil de controlar en su industria y recursos bélicos que humillada y arrinconada en su circunscripción geográfica. Esto nos explicaría la escasa resistencia de Moscú por impedir la integración de la ex-República Democrática Alemana a la OTAN y su salida del Pacto de Varsovia.

b) Al nuevo Estado Alemán le espera una vida efímera. Es muy probable que los albores del tercer milenio nos saluden con el nacimiento político de los Estados Unidos Europeos. La Comunidad Económica Europea ha acelerado sus etapas hacia la integración y la unificación política comienza a ser un hecho: el pasaporte europeo ya sustituye a los nacionales. Es probable que, al morir el siglo, perezca con él la vieja Europa, tal y como ahora la conocemos.

En tales circunstancias, Alemania sería seguramente el Estado más rico y económicamente más fuerte de la federación europea —como lo son Texas y California en los EEUU—; pero los sentimientos nacionalistas no pasarían ya de regionalismos trasnochados.

Entre tanto, los alemanes estarán ocupados en resolver los ingentes problemas políticos y sociales que les depara la reunificación. Acostumbrados a la protección del Estado, los “osties” tendrán que conocer, como ya se mencionó, el reverso del capitalismo; “el frío interés y el cruel pago al contado”, que preconizara Marx en el Manifiesto. La necesaria reconversión industrial y sus consecuencias acarrearán una crisis de identidad —¿dónde está lo logrado?— semejante a la de posguerra. A su vez, el régimen de seguridad social y la participación institucional del Estado en la vida social y económica experimentadas en el Este, seguramente serán aprovechadas en dimensiones insospechadas. No podemos pensar siquiera que los 15 millones de ciudadanos de la desaparecida república, han vivido por casi treinta años en vano en un nuevo sistema político social, que nada, absolutamente nada, tuviera que aportar para la superación de la sociedad y del individuo.

A la inversa, el control estricto del Estado propio del liberalismo; la libertad de pensamiento y acción; el dinamismo de la libre empresa; la iniciativa individual; el incentivo del mercado y las múltiples posibilidades que históricamente ha probado poder desarrollar el capitalismo, podrán ser aprovechadas colectivamente para un desarrollo más justo y humano de la sociedad en su conjunto.

Los resultados habrán de verse antes de que termine el milenio, quizá envueltos en severos conflictos sociales, tal vez canalizados por los partidos políticos. De fructificar la síntesis de ambos sistemas, quizá se cuente con un nuevo modelo, del cual, parafraseando a Marcuse, podría perfilarse no el fin de la historia sino el fin de la Utopía.